

Cap. 39 “El tour de Chipre”

Viernes, 31 de agosto de 2018

Comienzo el tour de Chipre, tercera mayor isla del Mediterráneo, tras Sicilia y Cerdeña, y por delante de Córcega, Creta, Eubea y Mallorca. El vuelo con Ryanair resulta tranquilo, 4 horas desde Bruselas. Salimos a la misma hora Rosalía y yo; ella de vuelta a Madrid. El pequeño aeropuerto de Lárnaca se encuentra en la orilla del mar, al sur de la isla. Compruebo que mi reserva para volver a Madrid el próximo viernes con Cobalt Airlines, está todo en orden. Tomo un bus regular (4,50 euros) que me deja en la zona turística de Mackenzie. A mi encuentro acude Fedo, el propietario de Sunny cycles, que me acerca en su coche hasta la tienda, cerrada a estas horas. Alquilo por 48 € una estupenda bici trekking Berg 3X8 con herramientas, hasta el próximo jueves. No me pide depósito.



A las 15 h salgo pedaleando hacia la playa más cercana y allí me doy un baño bien merecido. El agua está “calda”, como la del Caribe. Me seco al sol, mientras los aviones sobrevuelan la playa, justo antes de tomar tierra. Es todo un espectáculo. Decidí girar la isla en sentido clockwise, ya que los chipriotas circulan por la izquierda. Hago la compra en una tienda de la avenida Elefterios. Paso por Meneou, 15h, que cuenta con dos pequeñas iglesias ortodoxas. En las playas cercanas se aprecian las alas de los kitesurfistas. Tomo un camino en buen estado que pasa junto a una granja donde se exhiben grandes estatuas de piedra. Tras Perivolia y Softades, dejo atrás un parque de camellos a la altura de Mazotos. El sol cae deprisa por estas latitudes, así que comienza a pensar en chupano. Frente a un edificio sin terminar encuentro un restaurante con buenos precios. Mario, uno de los camareros, tiene a su novia trabajando en Barcelona. Charlamos un rato. Me recargan el móvil mientras doy buena cuenta de una hamburguesa con patatas fritas. Después de una semana en Flandes, ¡qué lejos he venido a tomarme unas “frites”! Siguiendo el consejo de Mario, me acomodo en un chiringuito abandonado, cerca del mar y de un área de caravanas, entre Maroni y Zigi.

Sábado, 1 de septiembre de 2018

Estreno nuevo mes en mi chupano de **Zigi**, junto a una playa chipriota. No sufrí humedad ni insectos, y ésta será la tónica general del viaje. El frescor nocturno me animó a meterme en el saco de dormir a medianoche. Comienzo la jornada dándome un bañito en una playa cercana, frecuentada a estas horas únicamente por pescadores y algún bañista ocasional. Avanzo por la carretera de la costa hasta la altura de la gran cementera de Vassiliko, para recorrer sin dolor el cabo Dolos, a pesar de las advertencias de prohibición de circular por esta carretera de grava que une la playa del gobernador con el Monasterio de San Georgius. Almuerzo en los sombreados jardines y rezo ante las imágenes sagradas de este



antiguísimo templo ortodoxo. Retomo la carretera de la costa y pongo rumbo a **Limassol**, “365 sunny days”. Son 8 nada menos, las playas que en rápida sucesión, lucen una flamante bandera azul, preludio de esta espléndida ciudad vacacional, segunda más extensa del país. Disfruta de una apacible situación en la bahía de Akrotiri, y durante el imperio bizantino fue conocida como Neápolis, al encontrarse entre las antiguas ciudades de Amatunte y Curio. Como curiosidad cabe destacar que Ricardo Corazón de León se casó en la capilla de San Jorge de esta ciudad con Berenguela de Navarra el 12 de mayo de 1191. Afano fruta fresca en las huertas cercanas a la ciudad: higos, uvas y granadas. Dejo a mi derecha el

embalse de Germasogeia y al poco pedaleo entre los rascacielos del centro. En Turismo consigo mapas ciclistas y en una tienda adquiero un mapa turístico de toda la isla. El dependiente, ciclista hasta hace 4 años, se lamenta de haber perdido su buena forma física. Me obsequia con monedas de 1 y 2 céntimos de euro para la colección de mi primo Álvaro. Salgo de la ciudad sin visitar su puerto, verdadero cul-de-sac. En **Trachoni** entro en territorio soberano británico. Los “british” mantienen aquí la base militar de Akrotiri y no muy lejos la Dhekelia, ambas bajo el mando de un administrador designado por el Reino Unido. Dejo atrás el castillo de Kolossi pero sí disfruto de las ruinas de un estadio heleno (s. II al IV) y de un templo en honor a Apolo. Tras **Paramali** dejo atrás



el espacio soberano británico y tras **Avdimou**, hago en **Pissouri** las últimas compras, convirtiéndome en el centro de atención de locales y foráneos, uno de ellos holandés.

Bien cenado,

desciendo hasta la playa de la Roca de Afrodita.

Encuentro, parapetado tras unos arbustos, un buen lugar para dormir al raso. Será con poco éxito, ya que



me despierto varias veces, desvelado. La mitología griega señala este como el lugar de nacimiento de la diosa Afrodita.

Domingo, 2 de septiembre de 2018

Tras una noche fantástica, recojo el petate y recupero el asfalto, diciendo adiós a la bella playa de la roca de Afrodita. Me espera ahora un terreno quebrado, pasando junto al núcleo de **Kouklia**, que cuenta con yacimientos UNESCO. Dejo **Mandriá** y el aeropuerto internacional de Pafos, tras **Acheleia**, giro a la izquierda por el carril bici costero. Me resguardo del sol con un sombrero de paja asiático que alguien perdió en el camino; es muy incómodo, e intentando ajustarlo me como literalmente un poste metálico haciendo añicos el protector plástico de la maneta izquierda. Lo fijo con pegamento que acabo de comprar para pegar la suela de las zapatillas deportivas, que me dan un aspecto de Charlot y van por libre. **Pafos** fue Capital Europea de la Cultura el año pasado, y junto a Kouklia fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1980 debido al valor histórico y arquitectónico de los restos de villas, palacios, teatros, fortalezas y tumbas. Desecho la idea de visitar las tumbas de los reyes ptolemaicos; no me dejan meter la bici dentro del recinto y además hace mucho calor, si bien la entrada es barata, 2,50 euros. Sin visitar el centro de la ciudad contorneo por la costa, por **Lempa** y **Kissonerga**. Me doy un buen baño en la bahía coralina de **Peyia**, ciudad ubicada en las faldas de las últimas estribaciones de los Montes Trodos. Supero las rampas que aguardan en lo más alto de la ciudad. No serían tan duras si el sol fuera un poco más indulgente. Poco antes de coronar el puerto me refugio a la sombra de un edificio a medio terminar. Asomado a la bahía, se convierte en un espléndido mirador en el que almuerzo, escribo memorias y descanso un rato. Al salir pincho la rueda con un clavo, así que me lleva un rato cambia la cámara. Sube que te sube, llego al final **Kathikas**; lo celebro comiéndome dos racimos de uvas maduras que calman mi hambre y mi sed. Relleno la botella de agua en el jardín de una mujer. Afronto bien pertrechado el largo descenso hasta **Polis Crysochous**, junto al mar. El centro histórico de esta coqueta ciudad está repleta de “guiris” bebiendo cerveza y viendo sports en grandes pantallas de TV. Todo son urbanizaciones de lujo hasta **Makounta**, lo que le resta todo el encanto, pero desde aquí a **Gialia** se conservan pinares y tierras cultivadas. El ocaso me acecha entre **Nea Dimmata y Pomos**. Ceno en una roulot restaurante y recargo el móvil. Ubicado entre un lugar de culto y un mirador, el lugar es idóneo para pernoctar. Los propietarios cierran pronto, ya que tienen boda, pero me permiten dormir videovigilado en su recinto. Al anochecer el islote próximo es iluminado por potentes focos, como la catedral de Burgos. Me wasapeo con Rosalía y me leo media novela de Pérez Reverte, “el tango de la vieja guardia”, antes de dormirme arrullado por el oleaje.

Lunes, 3 de septiembre de 2018

Hoy me espera una sorpresa. Los pocos kilómetros que me separan de la frontera turcochipriota por la costa, se convierte en un largo y duro sube y baja desde **Pachyammos** hasta **Kato Pyrgos**. Un esfuerzo gratuito en homenaje a la estupidez humana y a la intolerancia. Auxilio con agua a un corredor solitario. Afrontamos pendientes del 9 al 11 %. Llego justito de fuerzas al control policial. Afortunadamente desayuné fuerte esta mañana. Ya en el lado turco me esperan aún más cuestas y un pedazo de tierra de nadie, administrado por Naciones Unidas. Es la Green Line. Antes de descender felizmente hasta el nivel del mar en **Yedidalga**. En una de sus playas me doy uno de los mejores baños en mi

vida; parece una piscina gigante y acoge a todo un buque carguero semihundido, un pecio sobre el que nado y observo cientos de peces. Paso más de una hora en el agua y salgo con los pulpejos arrugados. Me refugio después en una terraza playera mientras degusto una cerveza Miller ver por menos de 1 € (7,5 liras turcas). Visité la fábrica Miller en mi viaje a Milwaukee. Turquía sufre una importante depreciación de su moneda. Me lo tomo con calma ya que el calor es sofocante. Salgo al fin de **Gemikonagi** y me alejo del mar en **Yesilyurt**. Descubro que los nombres griegos de mi mapa han sido sustituidos por nombres turcos en todas las localidades, restándome información. Paso por pequeñas localidades destinadas a cultivos hortofrutícolas como **Gaziveren**, **Aydrikoy** o **Guneskoy**. Me detengo a descansar y comer algo a las afueras de **Morfou**. Visito el centro de esta ciudad que cuenta con monumentos megalomaniacos y una preciosa mezquita.



En una tienda adquiero agua y helados. El joven dependiente intenta ayudarme con el google maps y el traductor. El mar está demasiado lejos. Tiene razón. Me llevo un disgustillo al entrar en una iglesia católica, reconvertida en centro cívico.

Huelgan los

comentarios. Dejo atrás esta impía ciudad. Pruebo suerte chupanera en un circuito de karts cercano, pero resulta estar habitado, así que continúo hasta **Kalandi**, en lo alto de una colina. Compró víveres y ceno en el patio de la mezquita, que antes ha sido iglesia. La llamada a la oración suena a las 18 y a las 20 horas. Nadie acude aunque, la puerta está abierta y hay luz dentro. Tampoco está el imán, lo que suena por megafonía es una grabación automática. Entro un momento en la sala de rezos, pero me da palo poner a cargar el móvil. Leo un buen rato lo de Pérez Reverte antes de dormirme. Me sonrío pensando qué ocurriría si cambio la cinta de Alá Akbar por la del Santo Rosario.



Martes, 4 de septiembre de 2018

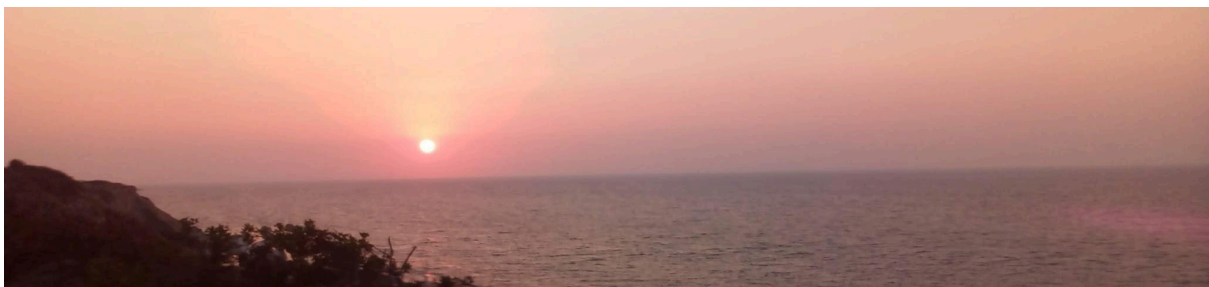
Día de incertidumbres. Desecho la idea de visitar Nicosia; pospongo su visita para otra ocasión. En su lugar decido poner rumbo a la costa norte. Dejo atrás la mezquita de

Kalkandi y penetro en la Akdeniz Ormani, un área natural protegida entre bosques mediterráneos. Para mi sorpresa y relajo, alcanzar la costa no supone ningún esfuerzo físico. Desciendo desde Camlibel junto al embalse de Dagdere hasta el nivel del mar, en Guzelyali, ya en la provincia de Girne. Llano ahora con fuerte viento a favor por Capta Karavás y Yesiltepe, camino de Girne (Kyrenia). Ubicada entre los montes pentadáctilos y el mar Mediterráneo, esta bella localidad cuenta con 6000 años de historia, remontándose sus orígenes a la guerra de Troya. El tráfico entorno a las ciudades es tan intenso que me veo obligado a salirme de la calzada en dos ocasiones. Visito el puerto y el castillo de Girne, los



dos principales focos turísticos de la ciudad. Como sentado en el paseo marítimo, frecuentado por pescadores y palomas principalmente a estas horas del día (9 horas). Madrugar da mucho de sí. El resto de la urbe es un amasijo de viviendas de toda clase y condición. Este hecho me induce a circunvalar totalmente la isla. Bueno, eso y los montes pentadáctilos, que no dejan un

resquicio para la duda. Un chute de Pepsi-Cola me impulsa a pedalear sin descanso por tierras ignotas desde las 10 hasta las 11 horas, que pincho la rueda trasera, por segunda y última vez en este viaje. La arreglo en una gasolinera. Otra Coca-Cola me hace volar por la costa norte. En el desvío para Lefkónicos, compro víveres en una tienda. La joven que regenta el establecimiento es incapaz de mostrarme nuestra ubicación sobre ni mapa de papel; se excusa diciendo que tan solo lleva ¡7 meses aquí!. Bendita ignorancia. Se pasa el día mirando y tecleando su móvil. Consulto en el mío la ubicación y continúo por la carretera principal hasta Davlos. Debería haber tomado la espectacular carretera secundaria que circula junto a la costa sin apenas tráfico, debido a su mal estado de conservación, pero de este modo llego antes a la meta. Me doy un respiro en uno de los chiringuitos de la playa donde como, recargo el móvil y escribo memorias. También leo un buen rato, esperando a que mengüe la fuerza del sol. Después me espera un baño refrescante y excitante, explorando entre las rocas en busca de peces de colores. Cuando el sol ya está bajo en el horizonte, avanzo unos cientos de metros en busca de un lugar tranquilo y mágico para pernoctar, junto a una iglesia ortodoxa vandalizada. Llego justo a tiempo para disfrutar de la puesta de sol sobre el mar. Disponga de playa propia y al poco de oscurecer el firmamento se cubre de estrellas. ¿Que más puedo pedir?, soy feliz.



Miércoles, 5 de septiembre de 2018

Amanece poco antes de las 6 a.m., tumbado frente a una pequeña iglesia a escasa distancia de **Davlos**. Desayuno frugalmente y comienzo la jornada justo cuando llega un pescador. Primero por carretera secundaria y después por general, avanzo junto la costa norte turcochipriota. Los montes pentadáctilos me aprisionan junto al mar, a medida que me acerco al ángulo noreste de la isla. Llano veloz en terreno abierto, pero cerca de Balalan me veo obligado a superar fuertes pendientes. Así pues decido, poco antes de alcanzar la esquina noreste de la isla, en un idílico paisaje muy similar al del cabo de Gata almeriense, a buscar un atajo hacia la costa sur. He podido observar cientos de perdices y de palomas,

así que no dudo que deben criarse halcones en los acantilados. Compró víveres en una tienda de **Ziyamet**. Un paisano viene a saludarme. Creo que es el peluquero. Desciendo por **Kumyali y Pamukla** para alcanzar finalmente el mar en **Bogaz**. Lo celebro dándome un baño. A estas alturas de viaje mis guantes ciclistas y las zapatillas de deporte con las que pedaleo están destrozados. Al incorporarme de nuevo a la carretera coincido con 5 cicloturistas italianos, los primeros que veo en toda la isla. Pertenecen al club ciclonautas, de Verona, y charlamos mientras avanzamos por carril bici hasta **Yeni Bogazici**, dónde se detienen para darse un baño.



Poco después entro por una amplia avenida a **Gazimagusa, Famagusta**. Visito su centro histórico, al que se accede cruzando una ancha muralla. Los italianos me comentan que visitarán Salamina, una antigua ciudad estado destruida en el 647. Mientras tanto yo descubro alucinado la historia escrita en piedra que atesora esta ciudad que prosperó en el siglo VIII, en medio de la destrucción de las ciudades vecinas. Próxima al puerto se yergue la Mezquita Catedral de San Nicolás del siglo VIII, normanda. La han rebautizado como mezquita con el nombre del conquistador otomano de la isla, Lala Mustafa Pasha. Guy de Lusignan la escogió para coronar aquí al rey de Jerusalén y Chipre en 1191. Es 1342 fue descrita como una de las más ricas y hermosas ciudades del mundo. Su riqueza sobrepasaba a Constantinopla y Venecia. Como en un restaurante cercano, con Wi-Fi, contactando con los míos. Descanso a la sombra, en un parque junto al puerto. Compró



postales y sellos, pero no podré enviarlos hasta la víspera de mi salida. Me cuesta despedirme de esta fantástica ciudad. Hago compras y me indican cómo salir de aquí, en dirección Lárnaca. Paso por delante de las iglesias gemelas templarias, cruzo de nuevo las fuertes murallas y en pocos kilómetros alcanzó el control militar británico de la base de Dhekelia. En una casa de campo con jardín celebran lo que parece una

boda turca, bailando en círculo al son de un tambor. El agente británico me pregunta que cuándo entré en el lado turco. Hace 3 días, le respondo, a la altura de Pomos. A menos de un kilómetro del control encuentro la solución para cenar y dormir. Compró fruta unos vendedores ambulantes, que se lamentan por haber perdido su casa y sus tierras en el lado turco. No podrá existir reunificación sin compensaciones justas. He oteado una iglesia con porche en Agio Nikolaos y me confirman que es un lugar seguro para dormir. Me instalo en este lugar tan limpio y cuidado que no tiene una mota de polvo. Cuento con lavabo y agua. Dos muchachas, Lalia y ojuda, vienen a charlar conmigo, sin mostrar recelo ninguno. Sus padres no se acercan. Les encantan las canciones de moda latinas, igual que a mis sobrinas. Ceno con apetito y me acuesto pronto, sin apenas tiempo para leer ni contar estrellas.



Jueves, 6 de septiembre de 2018

Desayuno al amanecer, 6 am, un té con galletas, estrenando de este modo la cocina de alcohol recomendada por Agustín, con la que he cargado dos semanas por 3 países. Me aseo y recojo el campamento. Decido bordear toda la costa en lugar de dirigirme directamente a Lárnaca. Así pues nada más salir de Agio Nikolaos giro a la izquierda por Frenaros y Deryneia, pasando frente al campamento para refugiados de Agios Georgios Achentoy. La esquina sureste de la isla resulta ser la más turística, afeando el parque natural de Cape Greco. Avanzo con fuerte viento de cara por un paisaje anodino hasta Xylofagou, donde me detengo almorzar. Doy un pequeño rodeo para llegar a Ormideia, ya en el lado británico. Atravieso terrenos militares. En la bahía de Lárnaca se suceden los depósitos de combustible para la gran flota mercante chipriota. Me detengo para hidratarme con refresco y helados, el calor aprieta fuerte. El viento levanta olas molestas así que continúo sin descanso hasta encontrar el hostel 3 Yards. El portal está abierto, y no se cierra la puerta del piso hostel, así que entro hasta la cocina. Conozco a los huéspedes mientras espero a Cristina, la encargada, que llega acalorada tras un día de playa. Le abono los 15 € que cuesta la cama. Duchado y afeitado parezco una persona "humana". Me gano el afecto de los presentes preparando una infusión. Devuelvo después la bici en

Sunny bykes. Al propietario no le importa que devuelva la bici con algunos desperfectos, y me anima a publicitar su establecimiento. Ya peatón, paseo por el lungomare de la ciudad, telefono a mamá, que se encuentra con su familia extremeña y busco un restaurante para cenar, donde coincido con dos turistas españolas. De vuelta al hostel, leo un rato antes de acostarme en la sofocante habitación. He oteado la parada de bus desde la que mañana saldré para el aeropuerto, con tiempo suficiente para enviar desde allí las postales. Resulta sencillo viajar sin bici en el avión. Me despido de Zenón, padre de nosotros los estoicos, cuya efigie preside el parque del puerto y pongo punto final a mi aventura chipriota.

